

## Reflejos del pasado

Yo sé quién soy, pero, ¿sabrán los otros que lo sé? Parece que no, pero mi cuerpo parece que tampoco. Supongo que los años pasan para todos, y yo no soy la excepción.

- Buenos días - suena la voz de mi marido como una alarma dulce, pero repetitiva.

Él se levanta primero, y antes de venir a por mí, se dirige a donde mi silla de ruedas se encuentra. Cierro los ojos, parece que éstos sí saben quién soy y sí responden a mis órdenes, pero no quiero, no quiero volver a estar sentada, ¿qué ha pasado con esos paseos de días soleados? ¿O con ir a regar las plantas del balcón? Ya nada es como antes, mi cuerpo no reacciona, ni siquiera mi voz dice lo que quiero que diga.

- Venga, arriba - mis piernas no mejoran, sino que se oponen cada vez más a lo que yo quiero que hagan. Con una mirada suplicante observo a mi compañero de vida, que parece que comprende la situación que se está dando. Entonces, él, como si fueran los nervios que me faltan, mueve mis piernas para que pueda parecer que estoy sentada en mi cama.
- Agárrate a mí - me indica, con voz cansada de tener que repetírmelo día tras día, y que mi cuerpo siga sin aprender. Me sujeta con toda la fuerza que tiene, y me atrae hacia él. - Estira las piernas.

Otra vez, no reaccionan. Yo sé que él está muy harto de tener que cargar conmigo, pero no sabe que yo también lo estoy, que yo lo que quiero es que sea feliz, y que pueda viajar a todos los sitios que decíamos antes de que me ocurriera lo que ha ocurrido. De repente la magia se hace, y por primera vez desde hace mucho tiempo sí responden. Mi Juan, al ver el milagro que acaba de pasar, actúa rápido y me acerca a la silla de ruedas.

- Muy bien, ahora flexiónalas. - lo intento, pero otra vez mi maldito cuerpo cree que me voy a caer, pero lo que no sabe es que si está Juan, nada malo me puede suceder. -Venga, que no te vas a caer.

Ya sé que no me voy a caer, pero no lo puedo evitar. Entonces, otra vez lo logro, me siento y miro hacia arriba, donde está mi ángel de la guarda. En sus ojos puedo distinguir cansancio, pero de vez en cuando, cada vez que ocurre algo como lo

sucedido, también un brillo de esperanza, aunque desgraciadamente ese brillo se va extinguiendo poco a poco.

Veo casi toda mi casa pasar a mi alrededor, hasta que veo el sillón, aquel sillón que los primeros días era mi refugio, y ahora mi maldición. No quiero, sé que hay pocas cosas que puedo controlar ahora, pero mi pensamiento sí, y desde hace mucho no tenía un pensamiento tan fuerte. No quiero estar allí, cada vez esa idea se vuelve más resistente. No quiero estar allí. No quiero estar allí. No quiero estar allí.

- Vamos a sentarnos, ¿no?
- No quiero estar allí.
- ¿Cómo? ¿Lo puedes repetir?
- No quiero estar allí. - ambos nos miramos, sorprendidos de lo que mi cuerpo acababa de decir. Mis lágrimas, corrompidas por la felicidad y satisfacción, empiezan a brotar de mis ojos.
- Vale, pues entonces dime, ¿dónde quieres?
- Mmmm - el momento de hablar ya había pasado, pero, no me iba a dar por vencida. - Fu...mmm...errr...a.
- ¿Fuera? Pues vamos a la terraza.

Inspiro, expiro, y noto como con cada respiración el aire fresco limpia y llena mis pulmones. Mi marido me empieza hablar, para hacer como si este momento fuera normal, pero los dos sabemos que no, que no es normal que mi voz reaccione así, que no es normal que estemos fuera, y que no es normal que él esté hablando, y yo no esté murmurando o cantando. Me mira, me analiza de arriba a abajo, expectante, como si esperara una respuesta, pero no sabe que desde que empezó esta condena la concentración se esfumó con ella. Justo cuando va a abrir la boca suena el timbre.

- Esos son nuestros nietos. Voy a ir a abrirles - se levanta y me deja sola con mis pensamientos.

¿Nietos? ¿Yo tengo nietos? ¿Acaso tengo hijos? ¿Cuántos años tengo? Yo me he quedado cuando Antonio Molina era joven, ¿ya no lo es?

- Hola abuela, ¿cómo estás? - aunque no lo conozca, sonrío, lo que menos me apetece en este mundo es acabar con la sonrisa de un niño.
- ¿Te acuerdas de nosotros? - pregunta el otro. ¿Miento, digo la verdad? No lo sé, no lo sé.

- Mmmm - maldito cuerpo el que tengo, maldita cabeza también, pero por primera vez me alegro, no hace falta que conteste.

Uno de ellos se me acerca para darme un beso, yo pongo los labios, él hace el resto. El otro, como ha visto que he reaccionado, hace lo mismo.

- ¡Ignacio, Gonzalo, ayudad a poner la mesa! - grita una voz, que no sabía que me iba a resultar familiar. Escucho unos pasos, me giro a ver quién es, pero lo único que responden son mis ojos, y por más que lo intente, mi cuello no gira. - ¿Qué pasa mamá? ¿No te acuerdas de nosotros?
- Mmmm- como si me leyera la mente sigue hablando.
- Yo soy Inma, tú hija, los que han venido eran tus nietos, el mayor, Ignacio, y el pequeño, Gonzalo. Y este. - hace una pausa, e indica a un hombre que venga - Este es Paco, tu yerno.
- Señorita Dolores, ¿me deja usted darle un beso? - pregunta el hombre, que se llamaba... ¿Pepe? ¿Pablo? ¿Paco? Ignoro el hecho que se me acaba de olvidar su nombre, y preparo mis labios para el beso, que llega más tarde.
- Muchas gracias señorita.
- Ahora venimos, ¿vale mamá? - como ven que no hay respuesta se van.

Me niego, me niego rotundamente a aceptar que he tenido una vida de ensueño, y me la he perdido por culpa de estar enferma. He estado embarazada, ¡he sido madre! ¿Cómo se puede olvidar una cosa así? ¿Por qué sólo me acuerdo de mi marido? Mi cabeza me da vueltas, pero más de lo normal, ya no sé dónde estoy, ni qué vida estoy viviendo, ¿La de una niña viendo "Popeye" en blanco y negro? ¿La de una mujer encontrando al amor de su vida? ¿La de una madre notando las primeras patadas de su bebé? ¿O la de una abuela celebrando que lo es? No puedo, simplemente no puedo aceptar que todo eso ha ocurrido, me niego.

- Vamos a comer - Se acerca Juan y me lleva al comedor, donde todos los que han venido antes ya estaban sentados y preparados.

Sin embargo, a mí, como a una niña chica, le tienen que dar de comer, porque por mucho que yo quiera, no puedo.

- Abre la boca - insiste Juan. Yo puedo, yo puedo, yo puedo, no puedo. -  
Venga.

Otra vez esa mirada de decepción que me atraviesa el cuerpo de arriba a abajo, que me martillea y hace que mi cabeza dé mil vueltas. Hasta que por fin abro la boca.

- Muy bien, ¡qué campeona! - Aunque lo parezca no soy una niña chica, ¿O sí? No, creo que no. Miro a mi alrededor para asegurarme. ¿De quién estoy rodeada? ¿Quién les ha invitado? Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas, me empiezo a poner nerviosa, mis brazos se agitan en el aire, libres como una mariposa, que choca con una hoja, la cuchara. Las personas desconocidas se acercan a mí e intentan sujetarme, sin éxito alguno. Mi familia, esta es mi familia. Paro, y me avergüenzo enseguida de no haberlos reconocido, pero sobre todo de liar la que he liado. Necesito descansar, no sé mucho, pero esto sí. Necesito descansar, demasiada información.
- Estoy cansada - Sale casi como un susurro, y dudo que alguien lo haya escuchado.
- ¿Estás cansada? ¿Quieres ir a la cama?- Pregunta una mujer, a decir verdad bastante guapa.
- ¡Inma! - Inma se llamaba, y su nombre se escapa de mis labios. Todos, sin excepción alguna, se giran para mirarme, y otra vez vuelvo a ser aquella niña que jugaba con su muñeca de trapo, es decir, pequeña e inocente.

Inma, la mujer de la que me acuerdo el nombre aunque no sé cuánto durará rondando en mi mente, me lleva a mi habitación, y pese a que no puedo verle la cara, sé que está orgullosa de que haya dicho su nombre.

Entre todos me levantan, y me tumban en la cama. Gracias, digo con la mirada, gracias, ya que no hay otra forma de que lo diga.

Se van yendo uno a uno de la habitación, pero no sin antes despedirse.

- Te quiero. - Se despiden todos con esta última palabra, me dan ganas de responder, pero como ya es costumbre mi cuerpo no reacciona.

Cierran la puerta, dando lugar a una oscuridad eterna. Recuerdos, los primeros recuerdos llegan a mi mente.

- ¡Mira mamá, mira! Me ha salido mi primer bordado.

Dolores, como yo se llamaba mi madre. Era una mujer muy amable y que cosía de maravilla.

- Yo os declaro marido y mujer. - anuncia el cura, y empieza un beso largo y dulce que aún recorre mis labios.

En el campo, en Antequera nos casamos, Juan y yo.

- ¡Enhorabuena, es una niña! - comenta la matrona. Ambos nos miramos, no hace falta que hablemos, ya sabemos el nombre.

- Inma, se llamará Inma.

Cómo no recordar este día, si fue cuándo cambió mi vida.

- Encantado de conocerlos, soy Paco, el prometido de vuestra hija.

Al principio no me caía bien, pero hace un gazpachuelo...

- Tenemos una noticia, ¡vais a ser abuelos! - comunican mi hija y yerno.

El travieso Ignacio, fue el primero, y después vino el pequeño Gonzalito.

Por fin, por fin me acuerdo, me acuerdo de todo. Tengo ganas de gritar, bailar y llorar, pero lo primero que tengo que hacer es abrir los ojos, andar y decírselo a mi familia. Ábrelos, venga, ábrelos, siempre responden menos ahora, ¿qué les pasa? Humedad, alrededor de mis ojos noto lágrimas, pero mis ojos como si estuvieran cerrados con un candado no se abren. Escucho la puerta abrirse, y un montón de pasos acercarse. ¡Ábrelos ya! ¡Están aquí! No hace falta ni que andes. Como mis ojos no se abren, abro mi boca para decírselo, sin embargo sale otra cosa:

- Os quiero.

Paula Ramos Mateo 3ºF